

“EL PUEBLO EN LA CARA”: RASGOS IDENTITARIOS DEL HOMBRE RURAL EN LA *OBRA VIEJAS HISTORIAS DE CASTILLA LA VIEJA*, DEL ESCRITOR MIGUEL DELIBES

Gracineia dos Santos Araújo¹

Introducción

Miguel Delibes Setién (1920-2010) publica *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964), ampliando así su trayectoria de preocupación con el campesino y la postración y marginación del campo castellano.

A través de un nuevo héroe, Isidoro, personaje que, pasados 48 años desde su partida, decide regresar al pueblo, el autor refleja las vicisitudes del hombre rural y todo lo que conllevó la emigración de los campesinos a la ciudad durante la primera mitad del siglo XX en Castilla.

El protagonista Isidoro lleva “el pueblo en la cara” (DELIBES, 2010, p. 09). En ese sentido y con base en la perspectiva de Hall (2003), nos anticipamos a declarar que la narrativa que se elabora sobre las realidades del universo campesino castellano manifiesta profundamente el sentido común que emana del imaginario colectivo urbano, sobre el hombre rural, proyectado como correlato de las visiones tradicionales, perpetuadas hasta la actualidad.

En efecto, desde el enfoque de los estudios culturales, la identidad cultural está estrechamente relacionada con los procesos de identificación. Así, como factor representativo para la explicación y representación del referido imaginario urbano, en cuanto a los procesos de identificación del hombre rural, enfocaremos nuestro análisis en el protagonista Isidoro y todas sus vicisitudes, una vez que migra a la ciudad y se depara con una realidad completamente ajena a la suya, estando expuesto a todo tipo de humillación, debido a su identidad rural, supuestamente identificable: “llevas el pueblo escrito en la cara” (DELIBES, 2010, p.10).

En ese sentido, y según subraya Hall (2003, p.15), observamos que “en el lenguaje del sentido común, la identificación se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otra persona o grupo o con un ideal”.

¹Doctora en *Español: Lingüística, Literatura y Comunicación* por la Universidad de Valladolid (España), en 2015; Máster en Filología Hispánica por el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología por el Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSI (Madrid-España) en 2008); Diploma de Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana-Universidad de Salamanca-España (2010). E-mail: gracineia@hotmail.com.

1. La identificación/representación de la identidad rural: discurso y práctica

Teniendo como base las ideas de Hall (2003), es posible observar que los sujetos sociales, en el caso de los individuos urbanos, evidencian una visión tradicional en cuanto a la identidad del hombre rural y sus realidades.

Pese un origen posiblemente invocado en un pasado histórico, con el cual se mantiene en correspondencia, "las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser" (Hall, 2003, p.17). Para el autor, eso significa que las identidades están construidas en el seno de las prácticas y formaciones discursivas, no fuera de ellas, independiente de lo que somos o de dónde venimos.

Viejas historias de Castilla la Vieja, que muestra al nuevo "héroe" delibeano, desde su posición inicial en la ciudad, como un ser desubicado, invadido por el vehemente deseo de ser un muchacho urbano, es de fundamental importancia para comprender el anhelo del hombre rural de convertirse en "otro", en este caso, hombre urbano. El párrafo a continuación ilustra, de manera tajante, ese deseo del protagonista Isidoro, reflejado por medio de los recuerdos:

Toda mi ilusión, por aquel tiempo, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad y carecer de un pueblo que parecía que le marcaba a uno, como a las reses hasta la muerte. Y cada vez que en vacaciones visitaba el pueblo, me ilusionaba que mis viejos amigos, que seguían matando tordas con el tirachinas y cazando ranas en la charca con un alfiler y un trapo rojo, dijeran con desprecio: "Mira el Isi; va cogiendo andares de señoritingo" (DELIBES, 2010, pp.10-11).

El hecho narrado permite los recortes de la memoria, de esa memoria que es trasmisora de las experiencias del protagonista, haciéndole revivir los hechos del pasado, aun desde la ausencia.

El protagonista Isidoro y su evidente ruralidad representan la identidad del hombre rural castellano y todas sus vicisitudes como migrante, en torno a las cuales gira la narración.

En esta perspectiva, Miguel Delibes se auxilia en las aportaciones de la memoria, que suministra elementos significativamente fundamentales para la narrativa.

El personaje campesino encarna la tipología humana típica de la Castilla rural. Aunque no demuestre firmeza y esté conforme con su identidad, su sabiduría y su fortaleza demuestran su "superioridad" ante el mundo "civilizado" de la urbe, aunque, al principio, no sea consciente de ello. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, el personaje empieza a darse cuenta, entonces, de que:

Ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y los chopos eran siempre los mismos, mientras las pillas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro (DELIBES, 2010, pp. 11-12).

Sin duda, el autor elabora las imágenes del hombre rural y del campo castellano, desmitificando su tradicional imagen de inferioridad. Para ello, con base en las aportaciones de Bergson (1900), la memoria constituye el principal aporte de la conciencia individual a la percepción. Esta línea de pensamiento, años más tarde, la refuerza y detalla Halbwachs (2004):

Nuestra memoria no se basa en la historia aprendida, sino en la historia vivida. Así pues, por historia hay que entender, no una sucesión cronológica de hechos y fechas, sino todo aquello que hace que un periodo se distinga de los demás, del cual los libros y los relatos nos ofrecen en general una representación muy esquemática e incompleta (HALBWACHS, 2004, p.60).

2. El papel de la memoria

Con base en la perspectiva de ambos autores, observamos que la memoria juega un papel decisivo en la psicología del protagonista, una vez que permite que haya una conexión del presente con el pasado.

Conforme afirma Bosi (1998, p. 47), "pela memória, o passado não só vem à tona das águas presentes, misturando-se com as percepções imediatas, como também empurra, 'desloca' estas últimas, ocupando o espaço todo da consciência". Así, los recuerdos activados por la memoria del protagonista son, a su vez, resultado de su experiencia personal en su mundo de origen, en contacto con la colectividad de la urbe, su "otro" y nuevo mundo. En este sentido, es posible entender los recuerdos como un proceso continuado de construcción, basado en las circunstancias personales de cada ser humano, pero también en la suma de las experiencias socio-histórico-culturales, político-religiosas y/o económicas.

Conforme destaca Halbwachs (2004, p.54): "Bien es cierto que solo nos acordamos de lo que hemos visto, hecho, sentido o pensado en un momento dado; es decir: que nuestra memoria no se confunde con la de los demás. Está limitada de forma bastante rigurosa en el espacio y en el tiempo". En ese sentido, ya en las primeras secuencias discursivas de la narrativa de *Viejas historias de Castilla la Vieja* observamos la evidente desilusión del protagonista Isidoro ante los indudables rasgos de identidad rural, que resulta en rechazo, escarnio y discriminación por parte de los individuos urbanos:

Me avergonzaba ser de pueblo y que los profesores me preguntasen (sin indagar antes si yo era de pueblo o de ciudad): "Isidoro, ¿de qué pueblo eres tú?". Y también me mortificaba que los externos se dieran de codo y cuchichearan entre sí: "¿Te has fijado qué cara de pueblo tiene el Isidoro?" o, simplemente, que prescindieran de mí cuando echaban a mis pies para disputar una partida de zancos o de pelota china y dijeran despectivamente: "Ése no: ése es de pueblo". Y yo ponía buen cuidado por entonces en evitar decir: "Allá en mi pueblo..." (...) el hecho de ser de pueblo se me hacía una desgracia... (DELIBES, 2010, pp. 09-10).

3. El protagonista en la ciudad: alienación, desarraigo y marginalidad

El nuevo destino urbano se presenta como una realidad extraña, donde la adaptación no depende la experiencia dejada atrás, siendo un duro y constante proceso de adaptación, en medio de una autenticidad ajena, tan inhumana y destructiva como la miseria y el hambre, reflejada ampliamente a lo largo de la trayectoria narrativa del escritor vallisoletano.

No obstante, tanto en *Viejas historias de Castilla la Vieja*, como en *El camino* o *Las ratas*, el espacio rural y urbano asumen el símbolo de transformación del ser humano, dotándole de unas capacidades imprescindibles para enfrentar las adversidades de la vida, en el nuevo espacio, en su constante lucha por la supervivencia y/o por alcanzar el progreso, en un estado primitivo o "civilizado", con una implicación político-sociológica y humanitaria cada vez más latente, entremezclada en ironía y laconismo.

Una vez en la ciudad, Delibes muestra a los protagonistas acompañados de toda la esencia campesina. El emigrante es consciente de su condición rural, de ocupar el escalón inferior de la pirámide de la "civilización". Desarraigado de su tierra, ninguneado ante la realidad urbana, que se impone como un universo superior, día tras día el migrante está obligado por las circunstancias a borrar su experiencia rural, a camuflarse en la nueva realidad, prescindiendo de su experiencia, su modo de vida y sus costumbres para incorporarse a la superioridad de la ciudad.

El protagonista Isidoro, ahora una oveja más en el rebaño de la ciudad, siente la necesidad de convertirse en un ser urbano, se impregna del deseo de ser "otro", sobrecargándose de conflictos interiores, que instigan al personaje a un vehemente y angustiante peregrinaje psicológico en busca de reconocimiento e identidad: "Y toda mi ilusión, por aquel tiempo, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad y carecer de un pueblo que parecía que le marcaba a uno, como a las reses, hasta la muerte" (DELIBES, 2010, p. 10). Ante esta perspectiva, y según subraya Hall:

Aunque no carece de condiciones determinadas de existencia, que incluyen los recursos materiales y simbólicos necesarios para sostenerla, la identificación es

en definitiva condicional y se afianza en la contingencia. Una vez consolidada, no cancela la diferencia. La fusión total que sugiere es, en realidad, una fantasía de incorporación (HALL, 2003, p. 15).

Esta fantasía de confundirse como un muchacho de ciudad no anula la experiencia y las relaciones del protagonista en la aldea, antes de marcharse. Sus recuerdos continuamente presentes, florecen avivando el pasado y consisten en una forma concreta de no desligarse jamás de la vida en el espacio rural. Sin embargo, la unión con las experiencias del pasado es un proceso ese que va a tener poco éxito, debido a la influencia lapidaria que ejerce la ciudad en la vida de los emigrantes campesinos, una vez que pasan a formar parte del rebaño "civilizado", con una identidad posiblemente diferente a la suya.

Acomplejado por la humillación que sufre en la ciudad, el emigrante rural desarrolla la obsesión por adquirir los modales urbanos, los cuales son sinónimos de distinción y superioridad:

Y cada vez que en vacaciones visitaba el pueblo, me ilusionaba que mis viejos amigos, que seguían matando tordas con el tirachinas y cazando ranas en la charca con un alfiler y un trapo rojo, dijeran con desprecio: 'Mira el Isi; va cogiendo andares de señoritingo' (DELIBES, 2010, p.10).

De ahí que Umbral (2003, p.146) subraye que "el escritor se cuida de darnos, sin ningún énfasis, el recelo mutuo entre el pueblo y la ciudad, aunque sea ésta una modesta provincia. Entre la cultura y la agricultura".

La paradoja de esa obsesión del migrante que, inicialmente, anhela pasar página a su pasado rural, mucho más que una necesidad de integración, hace achacar al campo las razones de sentirse extraño en la ciudad, ocupando una posición de inferioridad, al no poder pasar desapercibido, lo que le hace luchar obstinadamente en busca de sí mismo, y emprender un largo recorrido hacia el interior de su aureola rural, donde cree estar la esencia del problema.

En el inicio del relato, el Isidoro se encuentra bajo la influencia de la memoria, que avisa de la incertidumbre del destino, pero, al mismo tiempo, convencido de tenerse que marchar hacia ningún lugar, y en búsqueda de la nada: "¿Dónde va el Estudiante?". Y yo le dije: '¡Qué sé yo! Lejos'. '¿Por poco tiempo?', dijo él. Y yo le dije: 'Ni lo sé'" (DELIBES, 2010, p. 9).

El personaje está expuesto a la merced de su propio destino y del tiempo, en una confluencia de "sentimientos negativos" hacia el futuro, que le desazona y le hace emprender ese viaje a no se sabe dónde.

En esa narrativa, ocurren hechos sumamente significativos en la vida del emigrante que se va del pueblo y regresa 48 años después, ya que no encuentra en su terruño la posibilidad de progresar: en un primer momento, el ser de pueblo se le hacía una desgracia. No obstante, con el paso del tiempo, se da cuenta de que:

...ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y los riachuelos y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y con los años no resultaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro" (DELIBES, 2010, pp.11-12).

4. La nostalgia de la Arcadia perdida

En este momento del camino, tras haber pasar por grandes humillaciones en la ciudad, ser ninguneado por ser de pueblo, rechazado por los compañeros de clase y por el propio profesor, el personaje supera esa etapa dramática y despiadada, se da cuenta de que las distancias entre pueblo y ciudad van mucho más allá de lo superficial, está alienado por ser de pueblo, se hunde en su insignificancia y se proyecta, definitivamente, en su Arcadia perdida. Ya no le aflige ser de pueblo, ni tener un pueblo, sino que:

hasta deseaba que cualquiera me preguntase algo para decirle: 'Allá en mi pueblo, el cerdo lo matan así, o asao. O bien: Allá en mi pueblo, los hombres visten traje de pana rayada y las mujeres sayas negras, largas hasta los pies. O bien: Allá, en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón. O bien: Allá en mi pueblo, si el enjambre se larga, basta arrimarle una escriña agujereada con una rama de carrasco para reintegrarle a la colmena (DELIBES, 2010, 11-12).

En esta perspectiva, con el Isidoro orgulloso de su idiosincrasia, la técnica narrativa de Miguel Delibes trabaja al servicio de lo rural y de todo lo que ello conlleva, sin miramientos meramente literarios, con una intención, cada vez más palpable, de crítica social y de compromiso con los problemas que afligen a las poblaciones campesinas de su Castilla natal. El autor intensifica todavía más su denuncia, invitando al lector a participar del debate y de la lucha en defensa de la reestructuración de la política agraria del campo. Todo ello, con una prosa rica en recursos, capaz de dar a conocer lo más profundo del mundo rural y del alma castellana, con una ironía hiriente, bañada de piedad y lástima.

Ante todas esas dificultades que encuentra el campesino que tiene que marcharse a la ciudad, en busca de mejores condiciones de vida, los recuerdos del pasado y la nostalgia de la vida en el campo se presentan de manera verdaderamente onírica, estando siempre vinculados, a través de la memoria, a su lugar de origen, el mundo que quedó para atrás.

5. El reencuentro con el mundo rural de la infancia

En su regreso al pueblo, al final del relato, 48 años después de haber emprendido el viaje hacia ninguna parte, el Isidoro se reencuentra con su

pueblo, tal como lo dejó: "Y cuando llegué al pueblo advertí que sólo los hombres habían mudado" (DELIBES, 2010, p.74).

En esta novela, uno de los acontecimientos más importantes de la vida del héroe/emigrante es, quizás, el abandono del campo para ir "¡Qué sé yo! Lejos" (DELIBES, 2010, p.09), en clara huída del atraso primitivo del pueblo, movido por sus inquietudes, que le conducirá hacia un laberíntico universo exterior, urbano, mucho más problemático y complejo que el espacio del pueblo, donde será víctima de la indiferencia y la segregación.

La vida "civilizada" de la ciudad no tiene piedad del inmigrante campesino que intenta sobrevivir en medio de esas circunstancias y, así, se convierte en principal enemiga del forastero, redimensionando los destinos humanos a través de sus propias leyes, ineludibles e intolerantes: la adaptación al medio y el rechazo al "otro", donde no cabe la vida primitiva del universo campesino. En ese sentido, la urbe se presenta al inmigrante como lugar de exilio, un mundo de intolerancia, donde persiste una lógica de superioridad e inhumanidad.

El regreso del personaje, tras casi cinco décadas de haberse ido del pueblo, es bastante significativo, puesto que el emigrante va a encontrar su pueblo estancado en el tiempo, sin indicios de modernidad, ni perspectiva de futuro, tal como lo dejó cuando partió, motivado por la circunstancias de la Gran Guerra:

Y cuando llegué al pueblo advertí que sólo los hombres habían mudado pero lo esencial permanecía y si Ponciano era el hijo de Ponciano, y Tadeo el hijo del tío Tadeo, y el Antonio el nieto del Antonio, el arroyo Moradillo continuaba discurriendo por el mismo cauce entre carrizos y espadañas, y en el atajo de la Viuda no eché en falta ni una sola revuelta, y también estaban allí, firmes contra el tiempo, los tres almendros del Ponciano, y los tres almendros del Olimpio, y el chopo del Elicio, y el palomar de la tía Zenona, y el Cerro Fortuna, y el soto de los Encapuchados, y la Pimpollada, y las Piedras Negras, y la Lanzadera por donde bajaban en agosto los perdigones a los rastrojos, y la nogala de la tía Bibiana, y los Enamorados, y la Fuente de la Salud, y el Cerro Pintao, y los Siete Sacramentos, y el Otero del Cristo, y la Cruz de la Sisinia, y el majuelo del tío Saturio, donde encamaba el matacán, y la Mesa de los Muertos. Todo estaba tal y como lo dejé, con el polvillo de la última trilla agarrado aún a los muros de adobe de las casas y a las bardas de los corrales (DELIBES, 2010, p. 74-75).

Aunque no haya cambiado su esencia, y todo parezca igual, el pueblo sigue sin ofrecer ninguna perspectiva de futuro al emigrante que regresa, hundido en su abandono y primitivismo que atestiguan su condición de pobreza:

Y así que pareé mi paso al de un mozo que iba en mi misma dirección le dije casi sin voz: "¿Qué? ¿Llegaron las máquinas?". Él me miró con desconfianza y me dijo: "¿Qué máquinas?". Yo me ofusqué un tanto y le dije: "¡Qué sé yo! La cosechadora, el tractor, el arado de discos...". El mozo rió secamente y me dijo: "Para mercarse un trasto de esos habrá que vender todo el término". Y así que doblamos el recodo vi ascender por la trocha sur del páramo de Lahoces un hombre con una huebra y todo lo que tenía el mismo carácter bíblico de entonces [...]" (DELIBES, 2010, p. 74).

Todo el pueblo presenta señales de estancamiento en el tiempo, está intacto en su idiosincrasia, su abandono y su primitivismo. El estado primitivo del marco rural resulta, de este modo, la antítesis del mito de desarrollo de la ciudad, tanto para los que se quedan como para los que se marchan.

Esta realidad que recibe al emigrante que decide regresar parece pertenecer a un pasado lejano, donde las únicas señas del paso del tiempo se vislumbran en los seres humanos, que van muriéndose o envejeciendo, puesto que todo permanece tal y como era antes, salvo la gente, como las Mellizas que, al preguntarle su nombre, se llevan también la sorpresa:

‘¿Quién es usted?’. Y yo la sonreí y la dije: ‘Es que no me conoces? El Isidoro’. Ella me midió de arriba abajo y, al fin, me dijo: ‘Estás más viejo’. Y yo la dije: ‘Tú estás más crecida’. Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, los dos rompimos a reír (DELIBES, 2010, p.75).

Conclusión

El vetusto e intranquilo protagonista/emigrante, asombrado por el estancamiento y retraso del universo campesino, se resigna ante las circunstancias en las que se encuentra el mundo donde ha nacido y crecido. De ese modo, el personaje irremediamente ligado a las raíces de su terruño, también se queda paralizado en el espacio rural, incapaz de dejarse desconectar de una realidad de la cual jamás ha logrado desvincularse.

Es bastante significativo que, habiendo pasado casi medio siglo de su marcha, ocurra el regreso de Isidoro al pueblo, al final de la novela. En la narrativa, el personaje representa el enriquecimiento de la producción literaria delibiana, componiendo y simbolizando la preocupación del escritor vallisoletano, en una dimensión sumamente amplia, al tiempo que contribuye, con su experiencia y sus historias, protagonizadas lejos del mundo rural – y eventualmente regresando a él –, para componer la compleja representación de la Castilla rural en la obra de Miguel Delibes. En ese sentido, la obra acumula y reitera elementos históricos y sociales que atestiguan el abandono y olvido del universo campesino, que acaba impidiendo el desarrollo y emancipación de los seres humanos, habitantes del marco rural.

Al reunir los elementos histórico-sociales y/o socio-político-culturales del universo campesino, que dan vida a la narrativa y ejerciendo el constante diálogo entre el autor y la obra, el escritor castellano pinta un cuadro amargo e irónico del abandono social de la Castilla rural, que retrata un escenario de postración del campo como ley de vida.

No obstante, es importante tener en cuenta que *Viejas historias de Castilla la Vieja* es una obra de ficción, lo que significa que la narrativa no elabora un retrato análogo del mundo real, ni anula el valor estético del texto.

Con base en esta perspectiva, aprovechándose de la idiosincrasia y todas las vicisitudes del hombre rural castellano, Miguel Delibes construye su narrativa como un instrumento de denuncia social, al mismo tiempo que la utiliza para dar a conocer la dura realidad del campo castellano y sus habitantes. Todo ello, sin renunciar a la riqueza del texto literario.

En esta perspectiva y según subraya Eco:

Los mundos de la ficción son, sí, parásitos del mundo real, pero ponen entre paréntesis la mayor parte de las cosas que sabemos sobre este, y nos permite concentrarnos en un mundo finito y cerrado, muy parecido al nuestro, pero más pobre (ECO, 1996, p.94).

En ese mundo más pobre, fruto de la imaginación del autor y su libertad de creación, Miguel Delibes encuentra los elementos fundamentales para su producción literaria.

Conforme afirma Grandes:

El escritor mira el mundo y trata de explicarlo en sus libros, de expresar en ellos lo que ve. En ese sentido, construir una obra literaria, es dar una versión personal del mundo, a través de unos libros que, como los hitos de un camino, van conformando un proyecto unitario que corre paralelo a la propia vida del escritor (GRANDES, 2003, p. 63).

En ese sentido, a través de su implicación como escritor comprometido con la problemática del mundo rural, el escritor de Castilla, según destaca Samaniego (1986, p.60), es consciente de que: "Lo que necesita el labriego castellano no es llegar a ser un ciudadano más en una gran metrópoli y transformarse en alguien que no se distinga de la otra gente", puesto que las migraciones no son la solución para los problemas que afligen al hombre y al campo castellano.

"O campo escrito no rosto": traços identitários do homem rural na obra *Viejas historias de Castilla la Vieja*, do escritor Miguel Delibes

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO DE LOS RÍOS, César. *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino, 1993.

CELMA VALERO, M^a. Pilar. (ed): *Miguel Delibes, pintor de espacios*. Madrid: Visor Libros, 2010.

BOSI, Ecléa. *Memória e sociedade: lembranças de velho*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998.

BERGSON, Henri. *Materia y memoria: ensayo sobre la relación de cuerpo con el espíritu*. Traducción española de Martin Navarro. Madrid: Librería de Victoriano Sánchez Suárez, 1900.

DELIBES, Miguel. *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Madrid, Alianza Editorial, 2010.

ECO, Umberto. *Seis paseos por los bosques narrativos*. Barcelona: Editorial Lumen, S. A, 1996.

GRANDES, Almudena. *Los nuevos escenarios para el compromiso social y la literatura*. In: *Literatura y compromiso social*. Reyes, F. B., Madrid, Visor libros: Escuela Julián Besteiro, D. L, 2003, p.61-70.

HALBWACHS, Maurice. *La memoria colectiva*. Trad. Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza: Prensa Universitarias de Zaragoza, 2004.

HALL, Stuart; DU GAY, Paul (comp.). *Cuestiones de identidad cultural*. PONS, Horacio (trad). 1^a ed. Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

SAMANIEGO, Pilar de la Puente. *Castilla en Miguel Delibes*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca, 1986.

UMBRAL, Francisco. *Lectura de Viejas historias de Castilla la Vieja* in: Miguel Delibes: Homenaje académico y literario. Ed. María Pilar Celma. Universidad de Valladolid, 2003, pp. 145-149.